

“101 poemas de amor”

Filebo

“101 poemas de amor”. Podrían ser más. Y, justicieramente hablando, podrían ser menos.

En estos casos, casi siempre, algo sobra, algo falta. Obra humana, a fin de cuentas. Miguel Arteche, elector, compilador, es humano, amén de ser Premio Nacional de Literatura 1996.

165 páginas de tamaño “16 recortado”, como decíamos entonces. Magnífico volumen, excelente papel, inmejorable impresión, todo a cargo de la Editorial Semejanza.

Al voleo, algunos nombres nacionales que se echan de menos: Roque Esteban Scarpa (Premio Nacional de Literatura), Hugo Montes Brunet (Premio Nacional de Educación), Nicanor Parra (Premio Nacional de Literatura), Gonzalo Rojas (Premio Nacional de Literatura) y Miguel Arteche. ¿Qué le pasa a Miguel Arteche con Arteche? Ausencia de otros poetas chilenos que cultivaron el poema de amor: Oscar Castro, Omar Cerda, Carlos de Rokha, Enrique Lihn, Jorge Cáceres, Romeo Murga, Alberto Rojas Giménez, Manuel Rojas.

Acerca del autor de la selección, se escribe en la solapa: “Miguel Arteche, nacido en Nueva Imperial, sur de Chile (1926), es uno de los más importantes poetas de la generación latinoamericana que surgió alrededor de 1950. Estudió literatura en la Universidad de Madrid (1951-1953), ciudad donde contrajo matrimonio y fue allí, más tarde, agregado cultural de nuestra embajada (1965-1970)...”.

Se inserta aquí ese memorable soneto de la España del siglo XV, de autor hasta ahora anónimo, atribuido muchas veces a la pluma de Santa Teresa de Jesús: “No

me mueve, mi Dios, para quererte/ el cielo que me tienes prometido,/ ni me mueve el infierno tan temido/ para dejar por eso de ofenderte./ Tú me mueves, Señor, muéveme el vertel clavado en una cruz y escarbecido;/ muéveme ver tu cuerpo tan herido,/ muéveme tus afrentas y tu muerte./ Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera/ que aunque no hubiera cielo yo te amara,/ y aunque no hubiera infierno te temiera./ No me tienes que dar porque te quiera,/ pues aunque lo que espero no esperaré/ lo mismo que te quiero te quisiera”.

El Papa Juan Pablo II ha refrendado recientemente con palabras de eco revolucionario en todo el ámbito de la Santa Madre Iglesia, la idea de estos versos del egregio anónimo español del siglo XV: “...que aunque no hubiera cielo yo te amara,/ y aunque no hubiera infierno te temiera...”.

Con temor a incurrir en herejía, nos atrevemos a sostener que “Te amo mujer de mi gran viaje”, de Vicente Huidobro, no está a la altura de Huidobro ni del volumen: “Te amo mujer de mi gran viaje/ Como el mar ama al agua/ Que lo hace existir/ Y le da derecho a llamarse mar/ Y a reflejar el cielo y la luna y las estrellas”.

Uno de esos poemas que, leídos una vez, no vuelven a recordarse. No como el de Nicanor Parra, que dice: “Juro que no recuerdo ni tu nombre,/ mas moriré llamándote María...”.. Sólo que Parra aquí no aparece.

De más está subrayar que no todo es oro en la poesía amorosa. Por televisión, un animador de radio confesaba la otra noche que cada vez que sufría una desdicha sentimental escribía un poema. “Tengo ya como cuarenta...”.

Entre paréntesis, tampoco vemos en el libro a Oscar Hahn, autor de aplaudidos poemas de amor.